

**METAMORFOSIS**/En septiembre de 2010, tras largos años de escritura, pudo el autor enviarnos el borrador del libro que acababa de terminar; en marzo del año siguiente, con el título 'Los montes antiguos, los collados eternos' y el sello editorial de Encuentro, nos llegó adornado con gentil dedicatoria; y ahora, casi acabado 2021 y en aparente retirada el virus que quiere cambiar nuestras vidas, vuelve aquel a nuestra manos, como Ulises a Ítaca, convertido por Periférica en 'Los montes antiguos'

A Miguel de Marco Mugarza [en quien se transmuta Enrique Andrés Ruiz para contar lo oído, pero no vivido, y fabular la propia experiencia de lo perdido] le dijo Paco, el taxista de las monjas que le llevaba a segar, que la multitud de tallos que cubría el campo tras la muerte de su padre se solventaba con un par de vacas que le echaran a pastar los del pueblo de arriba. Aquel corro de tierra, en las lindes mismas del monte abierto a cuatro pasos de la ciudad, tan húmedo ahora y tan seco en otro tiempo que requirió de pozos y de un zahorí que diera con el agua soñada, que contaba con una casa de hechura serrana, con sierras a su espalda en cuyas cumbres parecía no irse nunca la nieve y, por frente, con un sentido y enigmático pico en forma de quilla invertida; aquel corro de tierra, donde se desarrolló buena parte de la vida fluida de su familia, está cerca de aquel otro lugar en que se juntan los ríos [el del monte y el de la tierra toda] y al que, «después del tiempo», le gustaría volver, volver siempre, por todos, pero sobre todo por su padre que dormía en lo hondo de un cerro que mira a uno de ellos, a no muchas curvas allí. La tierra reza, decía Paco, tal como había oído tantas veces decir a su madre, y en aquel monte antiguo, en aquel inmenso espacio natural, salpicado de robles venerables, de cardos, de cogollos de espinos, de rocas macizas y redondeadas, lleno de historias vividas, o no, en aquel monte, su monte, todo era posible todavía.

Antes de antes, cuando todo estaba aún por ser, llegó a la casa Ramón Mateo; lo hizo tras las desgracias de La Ginastera, la finca donde fue capataz, mayoral y fiel servidor de su propietario, un lúcido magistrado que abandonó la Corte para instalarse, con su esposa e hija, al pie mismo de aquel mar verde. Ramón, que con el tiempo sería el mejor amigo del padre [«siempre fue gente de casa»], era buen jinete, conocía como nadie las cosas del campo, y, además, era buen lector, aficionado a la historia y «a las vidas» y, «a ratos perdidos, escribía recuerdos en cualquier papel». Por eso aquel ex funcionario, convertido por el arte de la imaginación que inventa en propietario, casó tan bien con sus ideales, como lo hizo, en carne y hueso, con los del director de museo de la ciudad. Con este y con aquel, Ramón Mateo vivió «lo que fue y lo que no». Y sintió que lo vivido –y aún lo no vivido– debía ser contado, y debía ser contado sin faltar a la verdad, dándole voz a lo que se quedó mudo, con los datos exactos que ofrecían los papeles de la vida, sin cambiar nunca un nombre, con los nombres de verdad, aquellos que habían de ser robados al olvido. Quiso el padre que lo hiciera él y él, que se veía enfermo y perdido, que lo hiciera el hijo...

Por las páginas de este libro, como por las barranqueras, cerros y roquedos del monte que le alberga, se deslizan versos y pensamientos de otros libros, imágenes sacadas de viejos grabados o leídas en páginas célebres e inmortales. En tardes de calma o en tardes caliginosas, da igual, parecería que «la historia toda fuese la ruta que le aleja de la verdad». Se quiere pero parece no decirse: nada es como fue, todo es

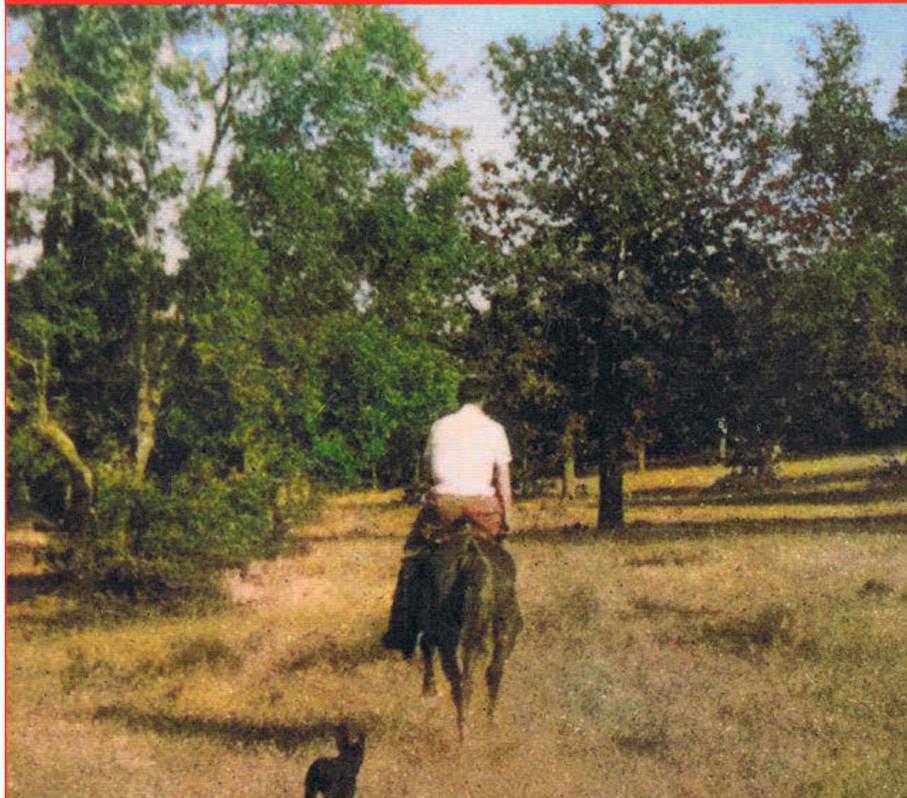


TRIBUNA

## Todo es posible todavía'

JUAN A. GÓMEZ-BARRERA

Enrique Andrés Ruiz  
LOS MONTES ANTIGUOS  
PERIFÉRICA



Portada de 'Los montes antiguos', de Enrique Andrés Ruiz [Periférica, 2021].

pasado. Pero este monte, que en otros siglos dio pastos, caza, piedra, leña y da hoy más pastos, sombra, sol, fiesta, cultura, canciones y alegría, exige con rotundidad y alevosía la universalidad de su misterio, el reconocimiento de su paisaje y el honor de sus gentes y sus circunstancias. Por eso,

queriendo o sin querer, se le ha escapado al autor la historia que trasciende, que supera sus dudas, que no es la del incomparable marco físico que le envuelve, ni la de sus trabajos ni sus leyes, ni sus anécdotas y curiosidades, que es la del origen mismo de la vida, la del paraíso soñado por unas

gentes –inventadas, reales, disfrazadas– que sufrieron, no precisamente por los cambios del tiempo, el fracaso universal del mismo sueño. Mas no hay queja ni reivindicación alguna, solo silencio, «el silencio de la memoria y el silencio del olvido», como si estos fueran inevitables, como si fueran el mismísimo «silencio de la muerte», como si este y aquellos no formaran parte de la Historia. Y, sin embargo, «todo es posible todavía», y Miguel de Marco Mugarza [o, más bien, el enmascarado autor Enrique Andrés Ruiz], en un «intervalo» primoroso que reúne la hojarasca de un futuro poema, vuelve al lugar al que siempre quiere volver, al mar indivisible «que da la bienvenida al llegar», y observa, y siente, y piensa que sus nuevos visitantes, los nuevos hijos de la ciudad que buscan en sus cañadas solaz y recreo, no lo sueñan ni leen su poema ni imaginan las vidas allí vividas, ni saben, como sabe él, que perdura el arte de su invocación.

En aquel monte, del que ni siquiera ahora escribiremos su nombre a fin de que no siga el eco de «despoblado» o «tierra vaciada» que tan mal usa la crítica lejana; en aquel monte, decimos, fue primero la piedra, que dio forma al sustrato y a su roquedo; luego la pintura, que trazó, en línea firme y esquemática, los signos del lenguaje más antiguo que existió nunca; y más tarde, cuando manantiales, arroyos, cañadas y barranqueras arbitraron la vida intermitente y episódica de las gentes y animales que a su olor hasta allí llegaron, surgió la palabra; la palabra que se hizo trato y carne, y que el autor, de aquella naturaleza, hijo de Enrique Andrés Carrera y de Pilar Ruiz Sainz, sobrino de Isabel [la «reina del monte»], de Purita y de Herminia [¿la tía Rosario que le mostró un día las carpetas de los papeles viejos?], de Demetrio [que tomó la toga letrada en Murcia, visitó la cárcel provincial en el 34 por resistirse a proclamas fascistas de los chicos de Acción Popular y volvió a ella por contrario al régimen establecido a golpe de sable y pistola], de Vicente [«el Chínche», que murió tras torear el «Viernes de toros» de 1935], de Ángel [«fugitivo» en el monte en la fatídica jornada de julio del 36] y de José [que se hizo falangista, marchó voluntario al Ebro y volvió de Catalunya para ser enterrado en el Espino el 6 de octubre de 1938]; y nieto de Elena Sainz Mugarza [fallecida en 1930 y de la que tomó el segundo apellido para dárselo a su narrador] y de Manuel Ruiz de Pablo [industrial, vinatero, concejal elegido en aquellas municipales que trajeron la República]; y que oído todo, que no vivido, el nieto, el sobrino, el hijo, el poeta y ensayista que fue y es Enrique Andrés Ruiz, obediente ante el encargo de Ramón Mateo [¿transmutación de su propio padre?], convirtió en novela singular tras aplicar al monte antiguo, y a su texto viejo, su propia metamorfosis.

Juan A. Gómez-Barrera es Doctor en Geografía e Historia, Catedrático jubilado de Instituto y Académico Correspondiente por Soria en la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona.